

acariciada. Situacion nueva para España, y seria difícil encontrar otra análoga retrocediendo siglos.

Así mientras las vecinas naciones sufrían los estragos horribles de la guerra, aquí á la sombra saludable del árbol de la paz, plantado por un monarca benéfico, prosperaban la industria, el comercio y la agricultura, desarrollábanse las letras y las artes, tomaba nuevo vuelo nuestra marina, y ¡cosa desoida en largos siglos! se encontraban sumas considerables en las arcas del tesoro.

El próspero y pacífico reinado de Fernando VI., acusacion elocuente de los seis reinados tumultuosos que le precedieron, nos ratificaria, si de ello necesitáramos, en que no es la gloria de las conquistas ni los triunfos estruendosos de las armas lo que labra el edificio de la felicidad de los pueblos.

Tras larga y penosa agonía, y cerniéndose en torno al lecho mortuorio del misántropo monarca intrigas sin cuento, fallece el virtuoso Fernando, dejando su esterilidad abierto el camino del trono, su prudencia el camino de la prosperidad á su hermano Carlos, el rey de las Dos Sicilias, que arreglada la sucesion de aquellos reinos viene á tomar posesion de su nueva herencia. Nápoles llora su despedida y España entona cantos de júbilo á su arribo. Sus gloriosos antecedentes auguran días de bonanza para su pais natal.

XV.

No puede pronunciarse con un sentimiento de amor respetuoso el nombre de Carlos III. A él viene asociada la idea de la regeneracion española.

Si el talento de Carlos no rayó en el mas alto punto de la escala de las inteligencias, tuvo por lo menos razon clara, sano juicio, intencion recta, desinterés loable, ciego amor á la justicia, solicitud paternal, religiosidad indestructible, firmeza y perseverancia en las resoluciones. Si le hubiera faltado grandeza propia, diérasela y no pequeña el tacto con que supo rodearse de hombres eminentes, y el tino de haber encomendado á los varones mas esclarecidos y á las mas altas capacidades de su tiempo, y puesto en las mas hábiles manos, la administracion y el gobierno de la monarquía.

Inaugura su entrada en España restituyendo fueros y condonando deudas. Reconocióse luego al genio benéfico de Nápoles que venia á fecundar su suelo patrio.

Duélenos por lo tanto verle abandonar en la política exterior desde los primeros tiempos de su reinado

el prudente sistema de neutralidad en que su hermano habia sabido parapetarse. Los afectos de la sangre conducen á Carlos á ajustar con la Francia el famoso *Pacto de familia*, con que quedó ligada la suerte de España á la del vecino reino. Soberbio y atrevido reto que hizo una sola familia de príncipes á todos los poderes de la tierra en circunstancias las mas comprometidas.

La política de Choiseul el negociador de la Francia, especie de ministro universal de Luis XV., envuelve á Grimaldi, negociador por España, en el *Pacto de familia*, como Mazzarini habia sabido atraer á don Luis de Haro al ajuste de la *Paz de los Pirineos*, los dos tratados que han ligado mas las dos ramas de los Borbones. Carlos IV. y Luis XVI., Fernando VII. y Luis XVIII, nos recordarán á Carlos III. y Luis XV., como estos hacen remontar nuestra memoria á Felipe IV, y Luis XIV.

Pronto comenzo España á probar las aguas amargas que brotaron de aquella fuente de discordias secretamente abierta en París. La guerra con la Gran Bretaña era consecuencia natural del *Pacto de familia*. Las dos preciosas joyas de nuestras colonias de Oriente y Occidente, Manila y la Habana, caen en poder de los ingleses, y no sin sacrificio se logra recobrarlas dos años despues por la paz de París.

Si pudiéramos establecer una línea divisoria entre el hombre y el monarca, aplaudiríamos los sentimien-

tos que dictaron aquel concierto de familia como negocio del corazon. Pero en las potestades que rigen los pueblos, antes son los deberes de la soberanía que los afectos de deudo: y aquellos mismos sentimientos que merecian una bella página en la biografía de un príncipe pueden formar una de las hojas mas tristes de su historia política. Creemos no obstante que hubo de parte de Carlos III. algo mas que los vínculos de cognacion. No tenia olvidado este monarca que la Inglaterra habia sido la que años antes siendo rey de Nápoles, le impuso con aire de jactancia y despótica amenaza aquella neutralidad mortificante que le forzó á reprimir los naturales afectos de la fraternidad prohibiéndole acudir en ayuda de su hermano Felipe. Veia Carlos ademas con amargura y enojo ondear el pabellon británico en territorio español, y Gibraltar y Menorca en poder de los ingleses eran dos espinas que le punzaban como español y como rey. Concedamos, pues, algo al justo resentimiento, algo tambien al honor nacional lastimado, y el Pacto de familia aparecerá, sin eximirle de lo impolítico, un tanto excusable al menos, y no por un solo motivo dictado.

Insurrecciónanse las colonias inglesas de América contra la metrópoli, y Carlos, como vengador de agravios recibidos de Inglaterra y como cumplidor del Pacto de familia, fomenta en union con Francia una insurreccion que si al pronto enflaquecia á su rival habia de ser con el tiempo funesta á España. La eman-

cipacion de los anglo-americanos, tan útil á la especie humana en general, no podia serlo á la nacion que tenia en aquella parte del mundo inmensas posesiones que perder. Hubo un español que vaticinó con maravillosa exactitud todo lo que despues habia de sobrevenir, y lo que es mas, lo expuso á su monarca con desembarazo y lealtad. «Llegará un dia, decia el insigne conde de Aranda en su Memoria, en que esta «república federal que ha nacido Pigmea crezca y se «torne gigante, y aun coloso terrible en aquellas regiones. Entonces olvidará los beneficios que ha recibido de las dos potencias, y solo pensará en su engrandecimiento.... El primer paso de esta potencia, «cuando haya logrado engrandecerse, será apoderarse «de las Floridas á fin de dominar el golfo de Méjico.... «Estos temores son muy fundados, señor, y deben «realizarse dentro de breves años, si no presenciarnos «antes otras conmociones mas funestas en nuestras «Américas....» Proponíale seguidamente un plan de emancipacion, con condiciones igualmente ventajosas á la metrópoli y á las colonias.

Por desgracia el monarca, casi siempre deferente á los consejos de los hombres ilustrados, no escuchó esta vez el patriótico pensamiento del antiguo presidente de Castilla, y los resultados justificaron por desdicha la sagaz prevision del embajador. El mismo Carlos III. alcanzó algunos chispazos del fuego de la independencia que habia comenzado á prender en

nuestras colonias. Cuarenta años despues lloraba España la pérdida de sus ricas Indias. Hoy nos parece un acontecimiento feliz cada vez que los representantes de alguno de aquellos nuevos estados, antes posesiones nuestras, vienen á convidárenos por amigos. Tal vez alguna de aquellas recientes repúblicas, no muy afortunadas en la obra laboriosa de su organizacion, amenazadas por el gigante del Nueva Mundo, tal vez la España misma tambien haya vuelto en alguna ocasion sus ojos hacia algo semejante al pensamiento salvador del gran conde de Aranda. Pero los tiempos pasan y no tornan.

Las guerras sostenidas con la Gran Bretaña en los mares de ambos mundos, proporcionaron á España hacer alarde de una fuerza naval imponente que le daba consideracion en América y Europa. Triunfos gloriosos alcanzaron nuestras escuadras, señaladamente en las Indias Occidentales. Aun en el antiguo continente, donde fueron menos afortunadas, hicieron muchas veces vacilar el poder marítimo de la que blasonaba de ser la soberana y la señora absoluta de los mares. Pero sufrimos tambien lamentables reveses. El desastre del cabo de San Vicente fué un golpe mortal para la marina española. El pabellon nacional fué sin embargo digna y maravillosamente sostenido, y los ingleses hicieron justicia al heroismo de nuestros soldados. Todavía el contratiempo del cabo de San Vicente fué vengado en lo alto de las Azores, y Cádiz

vió entrar en triunfo una de las mas ricas presas de que hacen mencion las historias.

Una expedicion feliz devuelve á la corona de España la isla de Menorca, desmembrada de ella por espacio de setenta y cuatro años. No hubo igual suerte con Gibraltar, cuya recuperacion era el afan del pundonoroso monarca, el objeto á que consagraba esfuerzos, sacrificios y gastos sin cuento, el bello ideal de sus esperanzas y de sus negociaciones. «Gibraltar es un objeto, decia Floridablanca, por el cual el rey mi amo rompería el Pacto de familia, ó cualquier otro compromiso que tuviese con Francia.» Pero á su vez decia lord Stormont, «que si España le ponía ante los ojos el mapa de sus estados para que buscarse un equivalente á Gibraltar, fijando tres semanas para la decision, no podría en tan largo plazo hallar entre todas las posesiones del rey de España nada que bastase á compensar la cesion de aquella plaza.» Asi los manejos diplomáticos fueron tan inútiles como los bloqueos, y las diestras maniobras navales de Crillon tan ineficaces como las famosas baterías flotantes con que Mr. D'Arson entretuvo las esperanzas de los españoles y la curiosidad de Europa. Los ingleses defendieron su presa contra los disparos de los cañones con la misma tenacidad que contra las proposiciones y tratos de los gabinetes, y Carlos III. hubo de resignarse á firmar la paz de 1763 con el desconsuelo de dejar en poder de la Gran Bretaña aquella fortaleza formidable. Sincera-

mente desearíamos no ver en esa enorme y disputada roca sino un castillo inglés enclavado en suelo español, y que no nos inspirára ideas y recuerdos de la fé británica.

La política exterior de Carlos y de su primer ministro lleva en los últimos años un sello de circunspeccion, de firmeza y de aplomo que sorprenden y admiran á Europa. Valióle esto una de las honras mas distinguidas que pueden caber á un soberano, la de haber sido elegido por las naciones para árbitro mediador en las graves contiendas que las traian desasosegadas y envueltas en funestas lides.

El ánimo fatigado con la perspectiva de tantos cuadros sombríos como hemos tenido que bosquejar hasta ahora, siente un gustoso descanso al volver la vista al que presenta el gobierno interior de este gran príncipe. Vése á la España cobrar una animada existencia despues de un largo marasmo, y entrar en el movimiento progresivo de la humanidad que parecia paralizado en ella. Se ve á los entendimientos ir sacudiendo las trabas de su esclavitud, y las doctrinas humanitarias erigirse en principio de gobierno. Era la preparacion mas conveniente para los cambios políticos y sociales que hubieran de sobrevenir. Era el anuncio de una época de regeneracion, ó mas bien el principio de ella, iniciado con prudente mesura, como si el espíritu reformador que se desarrollaba se propusiera realizar su obra sin las violentas conmo-